"Junta Calculadora:

"Froilana Carranza, de este vecindario, ante vos en forma legal expongo: Que por el Mando Político de este departamento se me ha comunicado la lista en que se comprenden los individuos que deben contribuir para reunir la cantidad que a los propietarios de este departamento asignó el decreto de tal fecha.

"A mí se me ha señalado la cantidad de sesenta pesos, que en las actuales circunstancias me es sumamente difícil poder enterar en los términos prefijados por el citado decreto. A nadie se le oculta que mi esposo tuvo que salir para el exterinor de la República dentro de tres horas, y que siendo su capital, como todos saben, muy reducido, se vió en la necesidad de llevar consigo el poco dinero que tenía y aún de vender las prendas más realizables para no verse expuesto a la mendicidad en el extranjero. Por consiguiente quedé, con mi numerosa familia, sujeta para subsistir al escasísimo producto de una hacienda de café naciente que demanda todavía, para que no se arruine, gastos de consideración.

"De otra parte no teniendo, como he dicho, otra propiedad que la que constituyen las fincas raíces, no puedo absolutamente disponer de ellas, porque es prohibido por las leyes hacerlo sin la licencia correspondiente de mi marido para enajenarlas; de suerte que se me pondría en el mayor conflicto si desatendiendo tan justas razones la junta a quien me dirijo insistiese en que debo contribuir con los sesenta pesos relacionados; pero espero que lejos de eso os serviréis ver en mí una mujer privada de su marido, con una numerosa familia, destituída de los recursos necesarios para su subsistencia y excepta, por consecuencia, de la contribución que se le ha señalado.

"Declarándolo así obraréis en justicia, que es la que imploro con el juramento necesario, etc."

Es indudable que si Carrillo hubiese tenido que tomar dinero prestado para salir del país, doña Froilana no habría dejado de alegar esta circunstancia, a fin de robustecer las razones expuestas en el escrito anterior. Así, pues, estimo que deben ser desechadas las diferentes versiones referentes a los recursos con que don Braulio emprendió su viaje a Guayaquil, teniendo como la verdadera ésta, que procede de su mujer, o sea que Carrillo salió de Costa Rica con "el poco dinero que tenía", más el que le produjo la venta de "las prendas más realizables", que probablemente fueron las muy modestas alhajas de doña Froilana.

R. Fernández Guardia

En la última trinchera [1]

Traducido del inglés

Por el tiempo en que Spencer inició sus operaciones en el San Juan, Walker dió principio a la concentración de sus fuerzas en Rivas, pequeña ciudad

(1) William O. Scroggs, *Filibusters and Financiers,* págs. 286-307.

con casas de gruesas paredes de adobe que los costarricenses habían utilizado ya como fortaleza en su invasión de la primavera anterior y que se prestaba bien para operaciones defensivas. Al Este y a una legua de distancia estaba el pueblo de San Jorge en la margen del lago de Nicaragua. Al Sur pasaba el camino del Tránsito, al que desde Rivas conducían tres senderos divergentes en forma de abanico, lo que permitía a los americanos señorear aquella carretera. El total de la fuerza americana situada en Rivas ascendía el 3 de enero de 1857 a 900 hombres, de los cuales 197 se hallaban enfermos; pero con los empleados en la administración militar y otras oficinas y los que prestaban diferentes servicios sueltos, el número de los combatientes quedaba reducido a 518. A los quince días de la ocupación de Rivas salió el *San Carlos* de la bahía de La Virgen con sus pasajeros procedentes de California, ignorando aún los americanos la captura de todos los demás vapores por Spencer. A medida que pasaban los días sin que reapareciese ninguno de los del lago, las gentes que estaban en Rivas empezaron a sentir inquietud; pero ninguno soñaba todavía con que el enemigo pudiera haberse apoderado de todos los vapores, y se creía que alguno de éstos habría traído de seguro la noticia, caso de que efectivamente hubieran sido vistos los costarricenses en el río. De aquí que los más optimistas atribuyesen la demora a otras causas fácilmente imaginables, relacionadas con el transporte de pasajeros de y para Greytown.

Durante días y más días estuvieron aquellas gentes vigilando y aguardando, pero ningún vapor apareció, hasta que uno de tantos días se vió venir por el lago el largamente esperado *San Carlos,* al parecer con rumbo a la bahía de La Virgen; pero al acercarse al muelle no hizo las señales de costumbre ni contestó a las que desde tierra se le hicieron. Habiendo echado una ojeada al lugar, puso la proa al Norte. Muchos de los americanos que residían en La Virgen se apresuraron a recoger algunos trebejos y, después de meterlos en sus maletas, salieron disparados para San Juan del Sur, con la esperanza de poder tomar el vapor de California que aún se encontraba en el puerto para hacer la conexión con el del Atlántico. A fin de impedir un desembarco del enemigo, se despachó rápidamente a La Virgen una tropa que estuvo allí esperando durante una semana, sin que los costarricenses dieran señales de vida ni se tuviese noticia de ellos, hasta que de nuevo se dejó ver el *San Carlos,* fondeando éste en Ometepe a la vista de los soldados que estaban en La Virgen. Pocos días después despertaron éstos una mañana para ver que el *Virgen* se encontraba allí también, y entonces se supo toda la verdad (2). Los dos vapores del lago y probablemente todos los del río habían caído en manos del enemigo; pero no fué hasta el 24 de enero cuando Walker tuvo noticia, por vía de Panamá, de lo que había ocurrido en el San Juan (3).

Poco antes de que Spencer diera principio a sus hazañas, se había traído una goletita de Greytown por el río y la estaban reparando con el objeto de servirse de ella en el lago, cuando aparecieron los vapores en Ometepe. Walker

(2) Experience of Samuel Absalon, *Atlantic Monthly,* IV., 651-65 *N. del A.*
(3) *War in Nicaragua,* 371. *N. del A.*

consultó a Fayssoux sobre la posibilidad de emplearla para recobrarlos. Algunos estaban ansiosos de ir a Ometepe en la goleta de noche, aprovechando un viento favorable, para apoderarse de los barcos en la oscuridad; pero Fayssoux juzgó que la tentativa sería inútil, por lo que se le dió fuego a la goleta, a fin de que no fuese capturada por el enemigo.

El general Mora no hizo por donde comunicarse con los Aliados que estaban en Masaya hasta que hubo traído toda su fuerza a San Carlos y asegurado la defensa del río. Los Aliados estaban casi a punto de abandonar la campaña cuando recibieron la noticia de los éxitos obtenidos por los costarricenses; y como estos éxitos daban a Mora y a Cañas una influencia preponderante en los consejos de los Aliados, Cañas fué nombrado comandante en jefe y se inició un avance inmediato sobre Rivas. Entretanto Henningsen había estado poniendo esta ciudad en estado de defensa. Walker proyectaba aún tomar la ofensiva; pero quería que la ciudad se pusiera en condiciones de que una pequeña guarnición pudiese defenderla y proteger sus almacenes de guerra, mientras él salía con el grueso de sus fuerzas a combatir al enemigo. Fueron quemados los ranchos en los suburbios de la ciudad y se cortó la tupida maleza tropical para que el enemigo no pudiera guarecerse en ella; se construyeron nuevas trincheras y se reforzaron las viejas; el coronel Swingle estableció talleres en la ciudad y consiguió en San Juan del Sur una maquinita de vapor, por medio de la cual pudo establecer una fundición para balas de cañón, que fueron tal vez las primeras que se fundieron en Nicaragua; todas las campanas que se encontraron en las vecindades de Rivas fueron convertidas en balas rasas.

El 26 de enero ocuparon los Aliados la pequeña aldea del Obraje, a unas tres millas al Norte de Rivas, fortificándose tan sólidamente en ella que Henningsen aconsejó que no se les atacase en forma. Dos días después se trasladaron a San Jorge sobre el lago, desde donde podían comunicarse con Mora. Este pueblo lo atrincheraron también rápidamente (4). El 29, Henningsen y Sanders fueron enviados para desalojarlos de allí; pero Sanders y otros oficiales tenían celos de Henningsen y las fuerzas que mandaban estos dos jefes se separaron la una de la otra. Además varios oficiales habían bebido tanto antes de entrar en combate y tenían tan embotada la cabeza por el aguardiente, que no pudieron entender las órdenes impartidas, o ejecutarlas correctamente. Fracasó el ataque, perdiendo Walker ochenta de los cuatrocientos hombres que participaron en él. El enemigo era cinco veces superior en número a los americanos y estaba tan bien atrincherado que habría sido imposible vencerlo, a menos que se hubiese invertido la proporción numérica entre los adversarios. Por motivo de los celos que inspiraba Henningsen, Walker llamó a éste y el 4 de febrero se puso en persona al frente de un ataque dirigido contra San Jorge, que se emprendió a las cuatro de la mañana con doscientos hombres. De nuevo resultó imposible penetrar en las trincheras y los americanos tuvieron otra vez pérdidas que no estaban en condiciones de soportar: veinticinco hombres, entre los cuales varios de los mejores oficiales.

---

(4) "La rapidez con que las tropas centroamericanas construyen barricadas es casi increíble, y una larga práctica las ha hecho más expertas en esta clase de trabajo que el mismo populacho de París". *War in Nicaragua*, 375. *N. del A.*

El Presidente Mora había adoptado una nueva táctica para destruir a los filibusteros. Un año antes, cuando invadió a Nicaragua, había amenazado con la muerte a los filibusteros que se tomasen con las armas en las manos. Tan sólo sirvió esto para robustecer la resistencia de los americanos, haciendo que peleasen con tanta mayor saña. Ahora esparcía en los suburbios de Rivas proclamas impresas en que prometía protección y pasaje libre, para volver a su país, a todos los que desertasen de las filas de Walker. Ya no procuraba destruir a todos los invasores, sino tan sólo a su caudillo. En 1856 había declarado la guerra a todos los filibusteros; en 1857 tan sólo la hacía contra uno de ellos. No tardaron en verse los efectos de la proclama de Mora. La deserción se hizo epidémica. Era de lo más común entre los californianos, cuya vida más libre en el Oeste los había hecho menos dóciles a los rigores de la disciplina militar que los soldados procedentes de los Estados del Atlántico. Cerrado el río de San Juan, ya sólo venían reclutas de San Francisco, y muchos de éstos, penosamente desilusionados al encontrarse con un estado de cosas enteramente distinto del que les habían pintado y no sintiéndose de modo alguno ligados por el honor de servir una causa al parecer moribunda, se pasaban al enemigo en la primera oportunidad. No tenían con Walker lazos como los que ligaban a los sobrevivientes de "los originales cincuenta y seis" y a otros que habían llegado al principio.

A cada rechazo de los americanos crecía la audacia del enemigo y peleaba éste con mayor confianza. Ya salía de sus trincheras y el 5 de marzo apareció en el camino del Tránsito, infligiendo una grave derrota a los Rifleros de Walker mandados por Sanders y Waters, que habían sido enviados para rechazarlo hacia San Jorge. Esta vez los adversarios eran casi iguales en el número (160 Rifleros y 200 Aliados) y el efecto de la derrota fué por consiguiente muy depresivo para los americanos. Viendo que era necesario hacer algo para levantar el ánimo decaído de su gente, Walker formó el plan de lanzar toda su fuerza sobre San Jorge en un último esfuerzo para desalojar de allí al enemigo. Para realizarlo tan sólo pudo emplear cuatrocientos hombres. Henningsen sacó toda la artillería disponible: siete cañones de diversos modelos. La marcha sobre San Jorge se inició a las dos de la madrugada del 16 de marzo y la artillería entró en acción al amanecer. Su fuego expulsó de la plaza del pueblo al enemigo y éste se fué metiendo por entre la densa vegetación con el objeto de situarse a retaguardia de Walker para cortarle la retirada hacia Rivas. Este movimiento obligó a Walker a dar media vuelta y a librar batalla en el camino que conducía a su cuartel general. Durante su ausencia los Aliados habían intentado penetrar en la ciudad, pero Swingle los puso a raya; con todo, a media milla del centro de Rivas construyeron una trinchera, por lo que fué necesario pelear durante todo un día antes de que toda la fuerza, con la artillería y los heridos, pudiese volver a la ciudad. Setenta y seis de los cuatrocientos hombres fueron muertos o heridos y los americanos no tenían nada de qué hacer alarde; porque los Aliados continuaban en posesión de San Jorge y recibiendo constantes refuerzos, en tanto que la mayor fuerza que se pudo enviar contra ellos se había librado con dificultad de ser copada y barrida. La acción del 16 de marzo fué la última acometida de Walker. De ahí en adelante se mantuvo estrictamente a la defensiva. No

obstante que los Aliados habían tenido en todos los encuentros mayores bajas que los americanos, estaban en condiciones de soportar la pérdida de cinco de sus hombres por cada uno de los de Walker y de seguir peleando en igualdad numérica.

El 23 de marzo, cabalmente una semana después, el enemigo tomó la ofensiva atacando a los americanos al despuntar el día. Los Aliados fueron rechazados con grandes pérdidas y el cañón de a cuatro de Cañas, muy bien manejado por un artillero italiano, fué capturado y traído a la ciudad. Emplearon también los Aliados dos piezas antiguas de a veinticuatro del tiempo de los españoles, que trajeron por el lago. A largos intervalos lanzaron balas razas sobre la plaza de la ciudad. Swingle las tomó y, después de fundirlas en balas de a seis, las devolvió en esta forma al enemigo.

En un rol de las fuerzas, enviado al día siguiente por Walker a Edmund Randolph, consta que en Rivas había por todo unos ochocientos hombres, de los cuales 332 aptos para pelear y 224 enfermos o heridos. El resto se componía de empleados en los almacenes de guerra, de la intendencia y de los hospitales, de soldados con licencia y de civiles. Manifestaba Walker que con un muy ligero golpe sería desalojado el enemigo; pero que no queriendo perder hombres sin necesidad, se limitaría a mantenerse en la población en espera de algo decisivo de parte de Lockridge. A éste le había escrito, por vía de Panamá, que viniera a reunirse con él en Rivas y no quería evacuar esta ciudad mientras hubiese alguna esperanza de que los americanos que se encontraban en el río pudiesen forzar el paso (5).

Las partidas de forrajeadores ya no podían alejarse mucho de Rivas, por el riesgo de caer en una emboscada. El 27 de marzo los sitiados probaron por primera vez la carne de mula (6). Las primeras se mataron de noche y secretamente junto con algunos bueyes, y ninguno sospechó lo que estaba comiendo; pero al siguiente día fué revelado el secreto y algunos rehusaron recibir la carne hasta que se les dijo que la habían estado comiendo sin echarlo de ver. Además de la carne de mula se les daban plátanos y chocolate. A los animales se les alimentaba con hojas de mango; pero no fué la carne de mula ni fueron los cañones de a veinticuatro los que más contribuyeron a descorazonar a los que estaban en Rivas, sino la constante deserción a las filas enemigas. Algunos de los que desertaron en virtud de la promesa de Mora de darles garantías, lanzaron dentro de las líneas de Walker cartas en que notificaban a sus camaradas que los costarricenses estaban cumpliendo todo lo que les habían prometido. Estas cartas llegaban a veces a su destino, haciendo que aumentasen grandemente las deserciones. La última compañía que llegó de California, Los Guardias de la Estrella Roja, constaba de setenta hombres al arribar a Nicaragua el 7 de marzo; pero a principios de abril ya sólo quedaban doce (7).

---

(5) Wheeler Scrapbook Nº 4, 235. *N. del A.*

(6) Jamison, *With Walker in Nicaragua*, 154; New Orleans *Delta*, 28 de Mayo 1857. *N. del A.*

(7) El capitán de esta compañía nos ha dejado un relato de su corta carrera, desprovista de gloria. Véase William Frank Stewart, *Last of Filibusters*. (Sacramento, 1857). *N. del A.*

Sospechaban los americanos que los Aliados escogerían el aniversario de la segunda batalla de Rivas, el 11 de abril, para hacer un nuevo ataque a la ciudad, y poco antes del amanecer de ese día se confirmaron sus sospechas. El enemigo cayó sobre la ciudad por tres puntos, pero fué rechazado en todas partes. Unos reclutas de Guatemala, que habían llegado la víspera, entraron en acción enteramente ignorantes del alcance de los rifles y los llevaron tan cerca de las líneas de los americanos que éstos casi sentían lástima de matarlos. Walker sólo tuvo tres muertos y seis heridos, en tanto que los Aliados perdieron de 600 a 800 hombres. Siendo así que Walker no tenía víveres para los heridos del enemigo que quedaron en su poder después de rechazado el ataque, los devolvió a los Aliados con bandera blanca. En el combate los americanos tomaron también setenta prisioneros ilesos y Walker propuso conjearlos por ganado vacuno; pero los Aliados rechazaron la oferta. En seguida hizo a éstos la proposición de que ellos alimentasen a los prisioneros que tenía en su poder, proposición que también fué rechazada, por cuanto el enemigo dudaba, y con razón, de que los víveres llegaran a manos de aquellos a quienes iban destinados. La acción del 11 de abril fué la última de la guerra con los Aliados. Después ya no hubo más que tiroteos inconsistentes y escaramuzas entre puestos avanzados y destacamentos.

Por la noche del día del ataque Walker despachó al capitán Hankins con dos muchachos del país a San Juan del Sur, para que trajesen el correo de Panamá. Hankins regresó el 14 a caballo y este animal fué un grato aditamento al depósito de víveres. Este incidente prueba que el enemigo no había procurado cercar toda la ciudad y que la fuerza entera pudo haber marchado desde Rivas hasta la costa del Pacífico sin permiso o sin obstáculo. En efecto, esto era precisamente lo que Walker pensaba hacer tan pronto como el agotamiento de sus provisiones hiciera ya imposible sostenerse en Rivas. Se quedó en esta ciudad, en parte a causa de Lockridge, a quien había ordenado venir a reunirse con él, y en parte porque estaba renuente a dejar que varios centenares de enfermos y heridos cayesen en manos de los Aliados. En caso de que llegara a ser necesario abandonar a Rivas, tenía el propósito de marchar hasta San Juan del Sur para poner allí su fuerza efectiva a bordo de la *Granada*, que estaba bien provista de elementos de guerra. Hankins trajo cartas en que se le informaba a Walker de la llegada al río San Juan de los Batidores de Alamo y una compañía de Mobila para reforzar a Lockridge. Esto dió algún aliento, pero Hankins había traído también cartas de Nueva York con la noticia de que Morgan y Garrison habían resuelto en definitiva retirar sus vapores oceánicos de la línea de Nicaragua. Por consiguiente, aun cuando los trabajos de Lockridge tuvieran éxito, ya no se podía esperar la llegada de nuevos refuerzos de los Estados Unidos, mientras no se hicieran otros arreglos para el transporte, y así resultaba evidente que los días del régimen filibustero estaban contados.

Walker atribuye su abandono por la compañía de vapores a debilidad y timidez, y dice que aun cuando ya suponía que Morgan y Garrison le serían fieles mientras así conviniese a los intereses de éstos, esperaba por lo menos que desplegarían mayor audacia y sagacidad que las que mostraron en este pe-

ríodo de crisis (8). Sin embargo es lo cierto que estos individuos dieron prueba de buen juicio al comprender la inutilidad de seguir peleando con Vanderbilt; y como sus vapores ya no se podían emplear, como no fuera en llevarle reclutas y pertrechos a Walker, convertido en jefe de una empresa sin esperanzas, el retiro de esos barcos no era solamente una necesidad desde el punto de vista del negocio, sino también un acto humanitario, ya que cada recluta estaba predestinado a padecer mucho y tal vez a morir, no pudiendo inducírsele a ir al país como no fuese con engaño. La causa de Walker no se perdió por traición de Morgan y Garrison. Los vapores de éstos continuaron sirviendo en el Pacífico durante más de tres meses después del cierre del Tránsito, así como trayendo reclutas de los puertos del Atlántico mientras hubo alguna esperanza de reabrir el río.

Salió entonces a escena un nuevo actor. A principios de febrero la corbeta de los Estados Unidos *St Mary's*, mandaba por Charles H. Davis, había llegado a San Juan del Sur. El 19 de enero de 1857 recibió Davis instrucciones del comodoro Mervine, que se hallaba en Panamá, de ir a San Juan del Sur y tomar las medidas necesarias, según las circunstancias, para la protección de los ciudadanos americanos y sus propiedades, durante la revuelta situación en que se encontraba Nicaragua (9). Poco después del arribo de Davis, los Aliados le pidieron que impidiese los futuros desembarcos de reclutas para Walker en San Juan del Sur, alegando que esto sería un acto enteramente de acuerdo con la política del Gobierno americano, que muchas veces había impedido la salida de expediciones de los Estados Unidos. Davis contestó que aun cuando los funcionarios de su Gobierno estaban obligados a hacer cumplir las leyes de neutralidad dentro de la jurisdicción de los Estados Unidos, esto no significaba que los oficiales de la marina de guerra tuviesen que ejecutarlas en el territorio de naciones extranjeras. Manifestó además que su Gobierno reconocía la existencia de un estado de guerra civil en Nicaragua, siendo neutral en la contienda, y que en este carácter de neutral no prestaría ayuda a ninguno de los beligerantes, pero que procuraría que la propiedad y las vidas de los americanos fuesen debidamente protegidas.

En lo de la protección de la propiedad americana Davis desplegó un celo recomendable. Un buque americano, el *Narragansett*, se encontraba en San Juan del Sur cuando ocurrió la captura de los vapores del lago. Walker se posesionó de sus botes, pasándolos al lago con el propósito de servirse de ellos para recobrar los vapores. Davis hizo que los devolviese. Un piquete costarricense disparó en San Juan del Sur contra marineros del vapor *Orizaba* de Morgan y Garrison. A estos marineros los habían enviado a tierra para hacer aguada y uno de ellos fué apresado. Davis intervino haciendo que lo soltaran (10). El 24 de abril Davis, después de haber obtenido el asentimiento de los beligerantes, envió a Rivas al teniente Huston y un cabo de marinos, con el objeto de trasladar a San Juan del Sur a las mujeres y los niños bajo la protección de la bandera americana.

---

(8) *War in Nicaragua*, 408-9. *N del A.*

(9) House, Ex. Doc. 2,35 Cong. 1 Sess. Wheeler Scrapbook Nº 4, 203. *N. del A.*

(10) Wheeler Scrapbook Nº 4, 229.

Mientras se hacía esto se declaró una tregua y las fuerzas adversarias se mezclaron libremente en torno de las trincheras exteriores. Los naturales del país les dieron a los americanos aguardiente y tabaco, cosas que resultaron gratísimas para los aficionados a usarlas y probablemente decidieron a desertar a muchos *Thomases* (11) que estaban dudosos. Como quiera que fuese, las deserciones se hicieron aún más frecuentes desde entonces. Desertó hasta uno de los cirujanos del hospital, el que acercándose luego por la noche a las trincheras y al alcance de la voz, instó a todos los que pudiesen hacerlo para que se pasasen al enemigo, asegurándoles que serían bien tratados y empeñando su palabra de honor de francmasón de que el enemigo no haría daño a los americanos enfermos y heridos, en caso de que Rivas fuera tomado (12). Esta última consideración era el motivo de la fidelidad de bastantes filibusteros. El temor de que el enemigo degollara a sus camaradas enfermos y heridos, como lo habían hecho los costarricenses el año anterior, inspiraba a muchos la resolución de pelear hasta morir. Titus, el "rufián de la frontera", quien después de su fracaso en el Castillo Viejo se había reunido con Walker por la vía de Panamá; Bostick, Secretario de Estado de Walker, y Bell, mayor de infantería, figuraban entre los que se pasaron al enemigo. El mal ejemplo dado por los oficiales hizo su efecto en los soldados. Varios de los desertores fueron tan inconsiderados que se llevaron sus caballos, reduciendo de este modo las escasas provisiones. Todas las noches, Titus y otros desertores se subían sobre las trincheras del enemigo, llamando desde allí a sus camaradas para que fuesen a reunirse con ellos. Llamábanlos algunas veces por sus nombres, para regalarlos con el relato de la abundancia de comida, tabaco y aguardiente de que gozaban. Los americanos no peleaban por su patria; muy pocos lo hacían por algo que no fuese el afán de correr aventuras—causa que difícilmente se puede considerar como sagrada—y no es extraño que aprovechasen la oportunidad de librarse de los tormentos del hambre y de la sed de bebidas fuertes que muchos de ellos sentían, fugándose durante las noches de grandes aguaceros al campo de los que fueron sus enemigos. Por fin lanzó Walker una proclama manifestando que todos los que quisiesen irse podían hacerlo pidiéndole a él sus pasaportes. Así no serían considerados como desertores. Sólo cinco aprovecharon la ocasión, saliendo de la ciudad en medio de un rechifla que les acompañó mientras pudieron oírla. Habiéndole faltado a uno de ellos el valor, volvió sobre sus pasos; pero Walker le obligó a que se fuese.

El 28 de abril Walker visitó a los soldados en sus cuarteles, asegurándoles que había recibido noticias de Lockridge y que éste debía llegar de un momento a otro. Sabíase que Walker había recibido cartas ese día y los soldados tuvieron la esperanza de que fuera cierto lo que les dijo. No ocurrió nada, sin embargo, salvo tiroteos aislados, hasta por la tarde del 30 en que Walker recibió una carta del comandante Davis, traída por un edecán del general Mora. Convencido Davis de que la situación de Walker era insostenible, había visitado a los Aliados en carácter de mediador, para proponerles poner fin al conflicto sacando a los americanos del país. Mora, que según confesión propia había sido

---

(11) Soldados.

(12) Wheeler Scrapbook Nº 4, 212. *N. del A.*

dos veces rechazado en sus ataques a Rivas, estaba persuadido de que costaría demasiada sangre tomar la plaza por asalto, por estar el enemigo mucho más fuerte de lo que le habían hecho creer, acababa de tomar la resolución de obligar a Walker a rendirse por hambre cuando se produjo la intervención de Davis, quien le manifestó que si se perdonaba la vida a los americanos, él obligaría a Walker a rendirse. A cambio de perdonar la vida a los filibusteros, Mora debía recibir todos los elementos de guerra que había en Rivas y San Juan del Sur. (13). La proposición de Davis fué aceptada de buena gana por los Aliados, desde luego que por su medio obtenían todo aquello por lo que luchaban, sin seguir peleando ni gastando dinero. A continuación envió Davis a Walker la carta a que se ha hecho referencia y se cruzaron varios mensajes; finalmente se entablaron las negociaciones. Temprano de la noche se arreglaron los preliminares y Walker mandó a Henningsen y Waters en calidad de enviados suyos ante Davis en el campo de los Aliados. Davis les dijo que tenía pleno conocimiento de la situación de Walker y de que éste podría sostenerse a lo sumo unos pocos días más, añadiendo que Lockridge había abandonado la campaña del San Juan y regresado a los Estados Unidos; que sabía que los americanos estaban sin víveres y desertando en gran número, y propuso que los sobrevivientes se le rindiesen a él: que Walker y diez y seis oficiales escogidos por éste, se trasladasen a bordo de la *St. Mary's* que los llevaría a Panamá, en tanto que los oficiales restantes y los soldados irían también allí por otro camino, acompañados de un oficial de los Estados Unidos y bajo la protección de la bandera americana. Henningsen hizo al principio objeciones a esto, diciendo que aún no se sabía con certeza que Lockridge hubiese abandonado el río, y que en caso de haberlo hecho realmente, Walker podía abrirse fácilmente paso desde Rivas para embarcarse en San Juan del Sur en la *Granada*. Davis manifestó entonces que no permitiría que esta goleta saliese del puerto; que su propósito era apoderarse de ella antes de partir de San Juan del Sur. La conferencia se prolongó hasta las dos de la madrugada, hora en que Henningen y Waters regresaron a Rivas, prometiendo dar a Davis la respuesta de Walker a las diez de la mañana, siempre que no se rompiesen las negociaciones.

La determinación expresada por Davis de apoderarse de la *Granada*, cortando así toda esperanza de escape, convirtió su propuesta en nada menos que un ultimátum que Walker tenía que aceptar o perecer. Por consiguiente se redactaron las cláusulas de la capitulación en el cuartel general de Walker. Comprendían éstas las proposiciones hechas por Davis y una cláusula adicional relativa a dar garantías a los aliados de Walker hijos del país, acerca de los cuales no se había dicho nada en la conferencia. Walker declaró que no firmaría ningún convenio que no contuviese estipulaciones para su protección. Volvió Henningsen a la hora señalada con estos artículos adonde estaba Davis y éste los aprobó, regresando Henningsen a Rivas para recoger la firma de Walker. Durante su conferencia con Davis, evitó Henningsen a los oficiales de los Aliados, limitándose

(13) El informe oficial de Mora fué reproducido en periódicos americanos que le tomaron de la *Crónica* de San José. Wheeler Scrapbook Nº 4, 215 *N. del A.*

a un cambio de simples cortesías con dos de ellos y procurando hacer ver que sólo estaba tratando con el comandante americano, a quien se le remitieron los documentos con Waters, permaneciendo éste al lado de Davis hasta que Walker le avisó que estaba listo para salir.

Entretanto el arsenal y los cañones fueron destruídos por orden de Henningsen, así como la máquina de vapor, el fuelle y el cubilote de la fundición, y se inutilizaron trece cañones rompiéndoles los muñones y aserrando las cureñas. En los pozos se hecharon 1.500 libras de pólvora, 55.000 cartuchos y 300.00 fulminantes. No se rindieron los filibusteros por falta de municiones de guerra. Solamente los fusiles y unas seiscientas balas rasas y bombas para la artillería no fueron destruídos.

A las cinco de la tarde del 1º de mayo, Davis y Zavala entraron en la plaza, el segundo para escoltar personalmente a Walker y sus oficiales por entre las líneas de los Aliados. Los soldados se formaron en la plaza y se les leyó la última orden general de Walker, la Nº 59. Decía en ella que había celebrado el convenio por habérsele asegurado solemnemente que Lockridge había abandonado los esfuerzos que estaba haciendo para socorrerlos, regresando a los Estados Unidos; que al separarse de ellos, por el momento, daba las gracias a los oficiales y soldados que estaban bajo su mando y que habían sido reducidos a su "presente situación por la cobardía de algunos, la incapacidad de otros y la traición de muchos"; pero que "con todo eso el ejército había escrito una página de historia americana inolvidable e imborrable. Del porvenir, si no del presente, podemos esperar un fallo justiciero". Después de este mensaje de despedida se leyó el texto del convenio celebrado entre Walker y Davis. Hecho esto avanzó Henningsen para anunciar a la tropa que quedaba bajo el mando del comandante Davis y la protección de la bandera americana; que de ella se esperaba que prestaría a este oficial la misma obediencia que al que había sido su comandante en jefe. En seguida hizo Henningsen entrega formal de la guarnición a Davis y éste dirigió también la palabra a la tropa para pedirle que le ayudase a desempeñar su ardua tarea. El marino y el filibustero se encaminaron luego al cuartel general de Walker, pero lo encontraron desocupado. Mientras pasaba lo que se acaba de relatar, Walker y los oficiales escogidos por él habían conseguido caballos, tomando el camino de San Juan del Sur en compañía del general Zavala (14).

Los oficiales y soldados se sintieron muy lastimados por la partida anticipada de Walker, estimando que su jefe los abandonaba en la hora de la desgracia, preocupado ante todo de su seguridad personal; pensaban que al igual del capitán de un barco que se hunde, debía haberse quedado hasta que fuera salvado el último; pero que en vez de hacer esto, era el primero en ponerse a salvo dejando a la tercera parte de los suyos enfermos o heridos. El haber elegido Walker una vía distinta para volver a su país, suscitó también desfavorables comentarios, y algunos de los que le criticaban decían que después de suprimido el freno impuesto por la disciplina militar, tenía miedo de ponerse frente a cualquiera que no fuese uno de sus oficiales de mayor confianza. Lo que parecía ser una deser-

(14) Wheeler Scrapbook Nº 4, 202; *War in Nicaragua,* 421-7 *N. del A.*

ción de Walker se hizo tanto más patente poco después de haber entrado los Aliados en Rivas. Nada había prometido Walker a Davis en lo tocante al arsenal y lo que contenía, y es probable que el segundo ni siquiera sospechase su existencia; pero los Aliados quisieron ver en la destrucción de este arsenal una violación villana de lo capitulado, y sus soldados estaban tan enfurecidos por esto que los oficiales impidieron con dificultad que desfogasen su rabia en los ya inermes filibusteros (15). Sin embargo la cólera de los Aliados era infundada, porque Walker no se había rendido a ellos sino al comandante del barco de guerra americano, quien sólo había estipulado, en lo tocante al armamento, que los soldados entregarían sus armas, debiendo los oficiales conservar sus espadas y Walker y los diez y seis escogidos por él sus pistolas además. Se debe notar igualmente que también se estipuló que a los que habían permanecido fieles a Walker no se les enviaría a su país junto con ninguno de los desertores.

Al ser firmada la capitulación, los filibusteros aun tenían suficientes víveres para dos o tres días; entre otros dos bueyes, dos mulas y unas mil libras de azúcar. Durante más de un mes su alimentación había consistido en carne de caballo y de mula, azúcar y chocolate. Con gran riesgo se recogían a veces algunos mangos en las inmediaciones de la ciudad; pero como muchos de los que intentaban hacer deserción se dejaron "capturar" mientras recogían estas frutas, los que querían mantener su lealtad a salvo de toda sospecha, se abstuvieron de acercarse a los árboles de mango.

El número total de los que se rindieron en Rivas fué de 463, clasificados así: oficiales y soldados en servicio activo, 164; heridos, enfermos, cirujanos y asistentes del hospital, 173; funcionarios públicos y ciudadanos armados, 86; tropa del país, 40 (16). Estas cifras hablan con mayor elocuencia que las palabras de lo que fué la obra de la muerte, la enfermedad y la deserción en el sitio de Rivas. Cuando Walker concentró allí su gente para una resistencia final, la totalidad de su fuerza era de 919 hombres; el 1º de febrero recibió cuarenta reclutas de California y el 7 de marzo setenta más. Había por lo tanto 1.026 hombres encerrados en Rivas; y como ya sólo quedaban 463 al rendirse Walker, el número total de muertos y desertores alcanzó en cuatro meses a 566, o sea el 55 por ciento de toda su fuerza. Es digno de notar que cuarenta hombres del país se quedaron con Walker hasta el fin, sirviendo de modo puramente voluntario. Al revés de los generales centroamericanos, Walker no obligó nunca a un natural del país a servir en sus filas; y el verse libres del reclutamiento fué lo que hizo que las clases más pobres lo mirasen al principio como a un libertador. Durante largo tiempo la oposición a los americanos en Nicaragua fué sólo de las clases más altas o *calzados* (17); y no fué hasta que llegaron los batidores y se llevaron los caballos, mulas, ganados vacunos y forrajes, cuando los naturales más pobres se volvieron contra el *filibustero* (18). La visita de los batidores signifi-

---

(15) Relato del general John T. McGrath. Véase Wheeler Scrapbook Nº 4, 215. *N. del A.*

(16) Informe de Henningsen en Wheeler Scrapbook Nº 4, p. 202. *N. del A.*

(17) En español en el texto.

(18) Idem.

caba empobrecimiento y esto era peor que la odiada recluta de sus guerras sin cuartel. Cierto es que los jefes militares del país habían requisado subsistencias; pero sus demandas eran muchísimo menos exigentes que las de los americanos. Las necesidades de los soldados del país eran pocas y sencillas; se podían mantener con plátanos y tortillas de maíz en cantidades que al filibustero habrían matado lentamente de hambre. Por otra parte el americano reclamaba su carne todos los días y consumía lo que los naturales del país consideraban como una cantidad enorme de comida y bebida. Por consiguiente el apetito del americano conducía al saqueo de una provincia.

Los nicaragüenses que acompañaban a Walker en Rivas solían conversar con sus compatriotas de las trincheras aliadas, cuando se interrumpía el fuego; y algunos de éstos les dijeron que ellos eran *agarrados* (19) y servían por fuerza. Walker refiere que en Rivas no le hacían fuego desde la trinchera que ocupaban los leoneses (20).

Walker y los oficiales de su estado mayor escogidos por él, con excepción de Henningsen, se alojaron a bordo de la *St. Mary's* en la noche del día de la rendición. Davis no llegó hasta la mañana siguiente y propuso a Walker que le entregase la *Granada* sin necesidad de emplear para ello la fuerza. En el convenio no se había hecho mención de la goleta y Walker rehusó entregarla; pero Davis no quiso escuchar sus razones y ordenó a su primer teniente Maury que se apoderase del barco. Este oficial fué a bordo de la *Granada* y le intimó rendición a Fayssoux. El bizarro capitán replicó que sólo se rendiría ante una fuerza mayor. Los cañones de la *St. Mary's* se apuntaron entonces contra la goleta, los botes de la corbeta de guerra fueron tripulados con marineros armados y Maury le dijo a Walker que si quería evitar que se derramase sangre, debía ordenarle a Fayssoux que se rindiese. El caído filibustero le escribió entonces a Fayssoux esta orden: "Entregue usted la *Granada* a los Estados Unidos". Pronto fué arriada en la goleta la bandera nicaragüense e izada la de los Estados Unidos, dejando así de existir la armada de Nicaragua. Para acabar de llenar la copa de amargura del filibustero, el 4 de mayo, segundo aniversario de la salida del *Vesta*, Davis traspasó la goleta a los costarricenses y el oficial que tomó su mando era un negro de Jamaica, edecán del general Cañas. Poco después la cargaron con soldados de Guatemala y zarpó para El Realejo; pero una tormenta la echó a tierra, perdiéndose totalmente. Los tropas se salvaron. Así terminó la breve carrera del primer buque de guera nicaragüense (21).

Davis no tenía más autoridad para intervenir que las instrucciones que le dió Mervine de proteger a las personas y propiedades de los ciudadanos americanos. El Secretario de la Marina había ordenado a Mervine que facilitase a Walker y a sus secuaces que fuesen ciudadanos de los Estados Unidos la retirada de Nicaragua; pero Davis actuó antes de que se recibiesen estas instrucciones. El De-

---

(19) Idem.

(20) *War in Nicaragua*, 412. *N. del A.*

(21) Carta de Walker a Buchanan, en *States* de Washington; *War in Nicaragua*, 428-9. *N. del A.*

partamento de la Marina aprobó todo lo hecho por éste, excepto la captura de la *Granada* y su entrega a uno de los beligerantes (22). Los sobrevivientes de la expedición, en número de 364, fueron enviados a Panamá donde Mervine los tomó a su cuidado. Las mujeres y los niños que Davis había sacado de Rivas durante las hostilidades, habían sido alojados en casa del cónsul americano en San Juan del Sur y los oficiales de la *St. Mary's* contribuyeron a su manutención con unos cuatrocientos a quinientos dólares. Estas gentes, junto con los enfermos, los heridos, y los oficiales que Walker había dejado atrás, se llevaron a Greytown donde cirujanos ingleses del *Orion* ayudaron a curar a los enfermos (23). Eran por todo 142 personas, de las cuales treinta mujeres y cinco niños. Fueron en el barco de guerra americano *Cyane* a Aspinwall, adonde arribaron el 16 de junio. El *Orion* los había precedido y de nuevo les ofreció su ayuda. El comodoro Hiram Paulding, comandante de los barcos estacionados en el Caribe se empeñó en conseguirles pasajes en alguno de los vapores del servicio de Nueva York; pero la compañía sólo accedió a llevarlos a Nueva Orleáns; y como los médicos insistieron en que se les debía conducir a un punto situado más al Norte, Paulding los llevó hasta Nueva York en su buque almirante el *Wabash*. Más de la mitad estaban enfermos y todos en la miseria cuando llegaron a bordo de los barcos americanos, sin ropas adecuadas y plagados de insectos. Hasta donde fué posible se remediaron sus necesidades con lo que había en los almacenes de los buques. El capitán Erskine de la armada británica ofreció el *Tartar* para que llevase a los sobrevivientes a los Estados Unidos, tan pronto como regresara este barco de Nueva Orleáns, adonde había ido con las gentes de Lockridge; pero Paulding declinó el ofrecimiento (24). El *Wabash* llegó a Nueva York el 28 de junio con 138 refugiados, habiendo muerto cuatro en la travesía.

Por su parte Mervine se encontró sumamente embarazado con más de trescientos hombres de los de Walker. Estaban éstos en gran miseria y constituían una amenaza para la salud de la gente que el comodoro tenía a sus órdenes. Los envió por ferrocarril de Panamá a Aspinwall, desde donde los llevaron a los Estados Unidos.

La invasión de Nicaragua no había sido un paseo en día de fiesta. Se ha calculado que, guardada la proporción numérica, las pérdidas de los filibusteros ascendieron al doble de las que tuvo el ejército americano en la guerra con México. El 11 de abril de 1856 los filibusteros perdieron en Rivas el 24 por ciento

---

(22) Informe del Secretario de la Marina, 1857, en House Ex. Doc. 2,35 Cong., 1 Sess. *N. del A.*

(3) El profesor Scroggs, quien minuciosamente anota todos los actos de filantropía de sus compatriotas y de los ingleses para con las gentes de Walker, olvida o desdeña decir que en un hospital de Rivas quedaron 104 filibusteros heridos o enfermos; que todos los gastos de este hospital, inclusive los sueldos del médico y de los enfermeros norteamericanos, los sufragó el Gobierno de Costa Rica; que el general Cañas se quedó en Rivas para velar personalmente por la buena asistencia de aquellos hombres en desgracia, y que este mismo general fué quien envió a Greytown, siempre a expensas de Costa Rica, los rezagados de Walker.

(24) M. S. Archivo del Departamento de la Marina, Home Squadron, II, 33 ff. *N. del A.*

de las fuerzas que entraron en acción; en el segundo combate de Masaya, el 17 de noviembre, perdieron el 35 por ciento; en el sitio de Granada el 57 por ciento; en la primera batalla de San Jorge el 23 por ciento, y en la última el 18 por ciento (25). La pérdida total que tuvieron los americanos por diferentes causas ha sido diversamente apreciada. M. Félix Belly, un francés que estuvo en Nicaragua poco después de la caída de Walker y que nos ha dejado un relato, si no muy exacto sí muy ameno, dice que en Nicaragua murieron catorce mil filibusteros (26). Según otra relación, siete mil hombres fueron a Nicaragua de los Estados del Atlántico y unos tres mil quinientos de California (27). Estos dos datos son sumamente exagerados. La fuerza efectiva de Walker no pasó nunca de 1.200 hombres, y el mayor número de hombres enviados por él a un combate fué de ochocientos en el primer ataque de Masaya. De acuerdo con un informe que se entiende haber sido redactado por el ayudante general de Walker, el alistamiento total hasta el 24 de febrero de 1857, excluyendo los soldados del país, los funcionarios públicos y los ciudadanos voluntarios, fué de 2.388 hombres (28). Posteriormente a esta fecha sólo setenta reclutas se incorporaron al ejército. Henningsen, el cual informó en detalle con precisión militar, fija el alistamiento total, desde el desembarco de Walker hasta su rendición, en 2.518 hombres. En esta cifra están inclusos los grupos excluídos en el informe del ayudante general y por lo tanto estos dos informes se confirman el uno al otro. Procura Henningsen asimismo hacer ver lo que fué de los alistados. Mil murieron de enfermedad o fueron matados; 700 desertaron; 250 fueron licenciados; 80 capturados estando de guarnición o en los vapores; los restantes se rindieron en Rivas, excepto unos cuantos de los que no se da cuenta. De la fuerza total, el treinta y cuatro por ciento fué muerto o herido; el cuarenta por ciento, matado o sucumbió a la enfermelad; el veintiocho por ciento, desertó; el diez por ciento fué licenciado; el cuatro por ciento capturado o no se da cuenta de él. Tan sólo quedó el diez y ocho por ciento que se rindió en Rivas.

Los cálculos sobre las pérdidas de los Aliados no pasan de ser conjeturas; pero no es aventurado suponer que fueron cuatro o cinco veces mayores que las de los americanos. No tenían armas de precisión ni sabían manejar con destreza las que poseían, en tanto que sus adversarios eran en gran parte expertos tiradores. El francés M. Belly, que simpatizaba calurosamente con los Aliados, pinta con mucha elocuencia las circunstancias horrorosas que los afligieron en su campaña: "El cólera y la peste se unieron a los rifles americanos para hacer de cada ciudad una tumba y de cada jornada una hecatombe ... Aquello no fué una guerra; fué una carnicería" (29). Después de la batalla de Rivas del 11 de abril de 1856, el Presidente Mora declaró que los americanos peleaban más como demonios que como hombres; pero que el peor enemigo de los americanos y de los costarricenses era el clima de Nicaragua, al que atribuía la pérdida de mil de sus soldados

(25) Informe de Henningsen. Véase Wheeler Scrapbokk Nº 4,208. *N. del A.*
(26) Belly, *A travers l'Amérique Centrale*, I, 285. *N. del A.*
(27) *Dublin Review*, XLIII, 375. *N. del A.*
(28) Peter F. Stout, *Nicaragua*, 209-10 (Filadelfia, 1859). *N. del A.*
(29) Belly, *op. cit.*, 1,285. *N. del A.*

(30). Henningsen, cuyas conjeturas son tan buenas como las mejores, estimó la fuerza total empleada por el enemigo contra Walker en 17.800 hombres. De éstos 11.500 procedían de los Estados que no eran el de Nicaragua. Las pérdidas de los Aliados las calculó en 5.860, sin incluir en ellas las causadas por el cólera y otras enfermedades (31). Las estimaciones de Henningsen relativas al número y a las pérdidas de los Aliados son mucho más moderadas que los informes dados por corresponsales de periódicos cuando ocurrieron los diferentes combates. Estos informes, en lo que a los Aliados se refiere, se deben mirar con precaución; en cambio las cifras que da Henningsen son las de un observador militar experimentado, que nada tiene que ganar con exagerar la fuerza del enemigo o disminuir la propia, y merecen por consiguiente mayor crédito que las ciegas conjeturas de los periodistas.

En los Estados Unidos no hubo regocijo por la caída de Walker, excepto entre los opositores acérrimos a la extensión de la esclavitud. Causó mucho consuelo el hecho de que Walker fuera vencido únicamente por el auxilio americano suministrado por Vanderbilt, Spencer y Davis (32).

El más capaz y firme de los opositores al filibusterismo era Horace Greely, cuyo periódico la *Tribuna* de Nueva York, al expresar su satisfacción por el desenlace, decía: "En toda su carrera buscaríamos en vano un solo acto de cordura o de perspicacia. Todo el éxito que obtuvo se debió a la postración total del pueblo de Nicaragua causada por la guerra civil, así como al deseo de paz a toda costa" (33). Por otra parte el *Harper's Weekly*, que había publicado varios artículos severos sobre diversos aspectos de la campaña de Walker, interpeló a la *Tribuna* para que dijese si el cierre del Tránsito, que siguió al debilitamiento del poder de Walker, había sido compensado con alguna ventaja de igual importancia para el comercio o la civilización, añadiendo que si Walker fuese invitado a volver a Nicaragua por una parte considerable de su pueblo y mostrara tener suficiente juicio para unir sus intereses a los de la compañía que lo derrocó, su segunda toma de posesión como presidente no sería muy de lamentar (34).

Como era natural, la prensa británica se mostró muy satisfecha de que Walker hubiese dejado de ser un factor de trastornos en Centro América; y si esta prensa refleja la opinión dominante, pocos ingleses parecen haber entendido los propósitos de Walker. Para ellos éste fué siempre un bandido, un salteador, un ladrón despiadado y el jefe de una canalla armada. El *Times* de Londres expresó su pesar de que Davis hubiese intervenido y evitado "un fin ignominioso de la carrera de los filibusteros, a menos que su propia desesperación hubiera anticipado el último suceso". "Que los Estados Unidos—añadía—hagan la gue-

---

(30) New York *Times*, Marzo 9 de 1857. *N. del A.*

(31) Se atribuye al Presidente Mora haber dicho que los estragos del cólera y la proximidad de la estación lluviosa habrían hecho inevitable la disolución del ejército aliado dentro de veinte días si Walker hubiese podido sostenerse durante este tiempo. Wheeler Scrapbook Nº 4, 249 *N. del A.*

(32) Wheeler Scrapbook Nº 4, 239. *N. del A.*

(33) New York *Weekly Tribune*, 3 julio 1857. *N. del A.*

(34) *Harper's Weekly*, I, 530. *N. del A.*

rra y conquisten si pueden encontrar una causa y están preparados para asumir la responsabilidad; pero es un oprobio para una nación celosa de su buen nombre, constituirse en protectora—aun cuando sea en protectora oculta—de bandidos como los filibusteros y su jefe" (35). Después de más de medio siglo la idea de que los Gobiernos de Pierce y Buchanan se sirvieron de Walker como instrumento para hacer la anexión de fracciones de la América Central aun persiste, y no sólo entre los escritores ingleses.

DOCUMENTOS relativos al desconocimiento que hizo la Tercera División de su Jefe el Coronel don Alejandro Escalante.—Año 1857. (1)

Ministerio de Hacienda y Guerra. Nº 294

Palacio Nacional, San José,
Marzo 23 de 1857.

Señor Auditor General de Guerra.

Tomará U. al Teniente D. José Ubieta una declaración muy puntualizada de los sucesos ocurridos en Liberia cuando desconoció la 3ª división al Coronel que mandaba esta columna, pues se desea esclarecer la verdad.

Dios guarde a U.

ESCALANTE

Auditoría General de Guerra, San José, a las dos de la tarde del día veintitrés de Marzo de mil ochocientos cincuenta y siete.

Cúmplase con lo mandado por el Honorable señor Ministro de la Guerra; y al efecto incontinenti recíbase declaración al Teniente D. José Ubieta sobre los puntos que comprende la anterior comunicación.

ANTONIO ALVAREZ

JESÚS SALAZAR SALVADOR ZELEDÓN

A continuación, presente en estos oficios el teniente D. José Ubieta, impuesto de las penas del perjurio y juramentado en forma, dijo: que se llama como queda dicho, de este vecindario, mayor de veinticuatro años, escribiente y actual mente oficial de las milicias de la República.

Preguntado qué sabe respecto a los sucesos ocurridos en Liberia cuando desconoció la 3ª columna al Coronel señor D. Alejandro Escalante, bajo cuyo

---

(35) London *Times*, 18 Junio 1857. Hermosas palabras éstas, viniendo de una nación que debe sus comienzos a las expediciones bucaneras de los vikings y normandos, y su Imperio de Oriente y su dominio de los mares a los bucaneros de los siglos diez y seis y diez y siete. Es más, la correría de Jameson en el Transvaal está todavía fresca en la memoria de los hombres. *N. del A.*

(1) **Archivos Nacionales. S. A. Serie XII. Nos. 4570 y 8936.**